

The background of the entire page is a dense field of green sugarcane stalks. On the left side, four machetes with wooden handles are stacked vertically. In the lower-left foreground, there is a large, stylized illustration of a red, twisted object, possibly a piece of cane or a ribbon, with a small green bird perched on it.

HILARIO DULCE CAÑA ABOLICIÓN DE LA ESCLAVITUD

Mónica Lavín



Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



SEGOB



MÉXICO
2010
Estadística Independiente - Confianza Revolucionaria



HILARIO DULCE CAÑA ABOLICIÓN DE LA ESCLAVITUD

Mónica Lavín

HILARIO NO COMPRENDÍA EL AJETREO QUE HABÍA tomado por asalto la hacienda Guadalupe. Si él se iba a donde los bueyes para darles de comer y prepararlos para que dieran vuelta al trapiche, ya le gritaban que se fuera de allí. Grupos de hombres, negros como él, hablaban reunidos en círculos, y ello no sólo ocurría de día sino que se prolongaba en largas fogatas durante la noche. Desde allí, Hilario contemplaba la casa grande, algunos ventanales palpitando con la luz de los quinqués. Imaginaba a la familia Estrada reunida alrededor de la mesa, cenando los tamales de Zenaida. La india Zenaida, que tan bien guisaba y cuyos platillos tanto aplaudían no sólo los patrones sino también ellos, los negros que vivían en las cabañas de la orilla del plantío cañero. Estiraba su cuello oscuro y delgado, de muchacho recién alongado. “Pareces carrizo”, le decía su madre cuando le arreglaba los pantalones que le quedaban

cortos, estira y estira. Y cuando lo veía taciturno, pensando en sus cosas, porque él no iba a contarle a nadie del secreto que entumecía su corazón, intentaba abrazarlo y besarle las orejas como si fuera un bebé y le decía que no sólo era largo carrizo, sino dulce caña. Pero a Hilario le habría gustado que aquellas lisonjas vinieran de la niña Carmela, a quien intentaba adivinar allá dentro de los ventanales iluminados de la hacienda.

“Niño bembón —lo conminaban los otros negros tamborileando los bongós—, no mires donde no debes ver.” Y bastaba esa sentencia para que el viejo Chano se lanzara con una canción inventada: “Que si al negro se le iba el corazón para el maizal, que si el negro quería las flores del otro jardín, que si el negro había de ser negro por sus hijos y sus quereres y sólo blancos los dientes, blancos los ojos pero no los amores”. Hilario se cohibía. Y esa noche de revuelo la chunga era mayor, y su nerviosismo más evidente. Los muchachos no deben preguntar qué pasa, y menos siendo esclavos, que no deciden su vida ni su camino y se van con los amos y los hijos de los amos y se les olvida de dónde vinieron algún día; sólo algunos cantos y cuentos de los viejos les traen recuerdos de un lugar más allá del mar donde la lengua es otra, y

donde el mundo es de un color oscuro como sus pieles, soleado como aquí sobre la caña. Por eso Hilario no preguntó por qué nadie estaba trabajando en la molienda de la caña, por qué no se habían puesto los bueyes en el trapiche, por qué dejaban la caña olvidada, la caña que tantas manos negras y algunas indias habían cortado con esfuerzo, rasgándose las piernas por andar entre la maleza, defendiéndose de las víboras que, por más que la quemazón primera las hubiera ahuyentado, se aferraban algunas a ese escondite hecho de miel y ramaje.

Entonces escuchó el relato deshilachado, todo dicho como en pedazos inciertos, como las cuentas de los collares que ensartaba la negra Mercé, con huesos de fruta, de semilla de planta, de frijol colorín. Que si el cura de pelo blanco que se llamaba Miguel Hidalgo ya había escrito que los esclavos serían libres, y no sólo eso: que no quedaban más que unos días para que negros viejos, jóvenes y niños fueran liberados de la aparente protección y del yugo del patrón.

Y la pena es de muerte para quien no lo haga, susurró Mercé, que por argüendera era la más trágica. Así como ensartaba cuentas ensartaba historias que esparcía sembrando intriga o haciendo que se encon-

traran los amantes. Hilario sintió una punzada como de lanza en el esternón, como de mordida de víbora en la pierna. Porque ese dolor lo conocía, empezaba inesperado y brusco y luego se esparcía, y hacía sentir la pierna de barro seco, dura y pesada, y el dolor seguía avanzando hasta que llamaban al curandero y él abría la herida y chupaba y escupía y hacía reposar en petates mientras otros cantaban y uno dormía sin saber si despertaría jamás. Pero allí estaba Hilario bien despierto, oyendo aquello que parecían cuentos de viejos ociosos, de negros que no quieren trabajar, como había oído mentar a don Pedro Estrada: “Son peores que los indios”, había sentenciado el patrón. Y él se había avergonzado porque estaba dando un paseo con la familia, llevando los canastos hasta la orilla del apangle para que almorzaran en la tarde fresca de octubre. Y la vergüenza no era por los suyos sino porque la niña Carmela estaba allí escuchando eso de los negros. Era muy buena Carmela, porque en seguida lo miró y conociendo sus sentimientos, dijo: “Pero Hilario no, papá. Hilario sí trabaja. Míralo qué cara trae”.

Los dos muchachos echaron a reír, porque Hilario estaba haciendo esfuerzos con aquella canasta de fru-

tas y pollos y las aguas de sabor, y la botella de vino y el queso. Pensó en su mueca retorcida por el esfuerzo y le dio risa. Carmela lo hacía reír. Era una vieja amistad. Desde niños se juntaban a jugar en el piso de la cocina, mientras la madre de Hilario trapeaba. Hacían pueblos de casas de barro y personas con varas; jugaban a ser hacendados: el señor y la señora. Se habían casado una vez cuando Carmela dijo que ni modo de ser el señor y la señora si no habían tenido boda y fiesta. Y se casaron debajo de la mesa de la cocina, que era la iglesia, y ella se puso una mantilla blanca en la cabeza y él se amarró el pañuelo rojo en el cuello como si fuera una corbata.

A Hilario le había gustado su mano negra junto a la de Carmela, tan pálida. Carmela se había asombrado con la oscuridad de la de él, junto a su mano blanca. Después de eso ya podían jugar y decirse cosas que habían escuchado a los suyos: los padres negros de Hilario, los señores Estrada de Carmela.

—¿Pena de muerte? —preguntó Hilario de pronto, como si no hubieran pasado cantos y conversaciones más serias desde la sentencia de la negra Mercé.

Otros largaron lo que sabían: que si la revuelta había empezado en Guanajuato, que el cura tocó la cam-





pana y llamó a levantarse en armas contra la Corona, contra los españoles; no querían más el gobierno de España. Eso había sido en septiembre de 1810, apenas unos meses antes, y eso que el cura no era indio ni mestizo, mucho menos negro; era un criollo, el cura Miguel Hidalgo, a cuya familia le habían quitado las tierras porque España necesitaba dinero de las colonias, mucho dinero para pagar unos barcos y vencer a los ingleses.

Hilario no entendía nada de lejanías: ¿qué era eso de España y de los ingleses? Ésa era la Nueva España, y la casa iluminada era la de los Estrada, españoles.

Su cabeza había vuelto al crepitar amarillo de la fogata, atontado por una verdad que no comprendía.

—Lo dijo el cura mismo, el que ondeó el estandarte de la virgen de Guadalupe, el que anduvo matando gachupines, diciendo que ya no éramos más de España —insistió la negra.

Hilario buscó en ese centro luminoso la claridad que no acababan de darle las palabras de los negros. Recordó cómo recogía luciérnagas con Carmela y las metían en los frascos de cristal para que brillaran en la noche. Al día siguiente no brillaban más, habían muerto asfixiadas. Él encontró la solución: agujerar la tapa

para que el aire entrara. Y Carmela lo miró sorprendida. Entonces la podía mirar a los ojos sin sentir un escozor, un titubeo en las palabras, con la seguridad con que antes resolvía las cosas del campo: encontraba nidos de pájaros, descascaraba cañas con la navaja para que Carmela y él las masticaran horas sorbiendo el dulce jugo. Pero ni él ni Carmela jugaban ya a las matatenas ni a la hacienda, ni recogían luciérnagas o catarinas, ni amarraban los escarabajos a un palo. Carmela y él se hablaban con disimulo, se miraban y se apartaban. Se sonrojaban cuando el brazo de él rozaba el de ella al ayudarla a bajar de la carreta. Carmela olía diferente. A la flor del hueledenoché. Hilario no podía quitársela del sueño.

La conversación de los esclavos, las luces que se agitaban en la casa, la noche pasmada, le hacían sentir que así como el mundo había cambiado para él desde que rozó el brazo de Carmela, así estaba cambiando el mundo. Las cosas se habían vuelto extrañas: un cura llamaba a luchar por la independencia, un cura usaba a una virgen por bandera, y ahora, ese diciembre de noches claras, había demandado la liberación de los esclavos: la abolición de la esclavitud. El mundo estaba siendo otro.

Miró de nuevo hacia la casa, había otros caballos y otras carretas. Invitados, tal vez.

Qué cerca está Carmela, pensó Hilario y en voz alta dijo:

—Las cosas no van a ser iguales.

—Sí —aclaró Chano—, si no nos sueltan como animales a quienes les abren el corral, les cortan la cabeza a los blancos.

Hilario sintió la boca seca, la pierna punzando en el lugar donde había entrado el veneno de la víbora.

—Y qué vamos a hacer —movió las manos Mercé—, si no sabemos ganar el dinero ni guardarlo, ni comprarnos cosas, ni ser nuestros dueños.

—Mira a los indios, mujer —dijo Maleucho—, eso se aprende. La costumbre de estar así atados a los dueños se olvida rápido. Cuentan que al negro que vino del otro lado del mar, al negro tatarabuelo del abuelo, el africano, nunca se le olvidó lo que era tener la casa de uno, el campo de uno, las decisiones de uno. La voluntad. Eso es más difícil de olvidar, mujer.

Y unos ya suspiraban y otros daban tragos a una olla con alcohol de caña, y los ojos les hervían y las caras enrojecían por las llamas y el anhelo, la cercanía de otra vida.

Pero Hilario no comprendía qué era ser otro. ¿Dónde iban a vivir? ¿Qué iban a comer? Pero más le apuraba qué iba a ser de su sueño de acercarse a Carmela.

Chano, que por viejo era capaz de traspasar los ojos y encontrar el pensamiento, bromeó:

—Ahora sí vas a poder estar con la hija del patrón.

Las risas ahuyentaron la punzada caliente de su corazón. ¿Ahora sí? Hilario recordó las manos de la niña Carmela acercándose a las suyas para enredarse como si fueran esposos, como si caminaran por la iglesia.

—¿Y si no nos liberan? —preguntó alguien que estaba lejos de la fogata, por eso Hilario no supo de quién era la voz.

—Los matan —aseguró Mercé.

—Tienen diez días para esto —advirtió Maleucho—; eso dijo el cura Hidalgo en Guadalajara este diciembre. Eso está escrito en los bandos que se pegaron en las villas tomadas por los insurgentes. Estamos en guerra.

—¿Y si no? —volvió la voz del más alejado.

—Los matamos nosotros —defendió Maleucho.

Hilario miró a la casa y sintió la pesadez de las piernas que lo anclaba allí donde se hablaba de muerte. Tuvo ganas de alejarse, de ser otro, de no pensar en la

muerte de quien no obedeciera, la muerte de la que ellos se encargarían si esto no pasaba. Quiso proteger a Carmela; confesarle que no dormía recordando su olor y su risa de arroyo, su carne clara como la pulpa de la caña, y que ahora que no habría esclavos él podría ser un hacendado, un señor para casarse con ella. No resistió la crispación de la fogata y echó a correr hacia la casa grande.

—¿Adónde vas muchacho? —escuchó la voz de alguno.

Pero ya Hilario había dejado la fogata atrás, y el miedo de muerte entre los suyos que bebían y no trabajaban, como bien decía el patrón y estaban esperando ser otros, sin saber del todo cómo serían. Pero él sí sabía: querría estar al lado de la niña Carmela, se aplicaría para aprender a leer como ella, para mejorar en las cuentas; sería un señor y se olvidaría de que la muchacha blanca nunca sería la mujer de un esclavo. Cuando vio la construcción más cerca y escuchó las voces de quienes todavía hablaban en el comedor, se aventuró a entrar en la cocina y mirar lo que ocurría. Quería decirle a Carmela que tenía que hablar con ella. Que ya no sería esclavo y que no quería que mataran a nadie de su familia, que estaba allí para decirle

que sería hombre libre para quererla. La cabeza le hervía de excitación, asomó al corredor que daba al patio de la fuente donde le gustaba sentarse a la niña Carmela en los días de calor. Allí la descubrió sentada, sus manos pálidas entretenidas con las de un joven acicalado. Recordó el fuego de la fogata y sintió el calor abrasarle la cara. De pronto se sintió señalado: el joven lo había descubierto y Carmela lo reconocía. Sonrió tímida.

—Ya no será mi esclavo —alcanzó a escuchar Hilario que le decía al joven.

Y con esas palabras repiqueteando tristes, con la cicatriz de la mordedura punzando en la pierna, se perdió en la noche que lo llevaba a los suyos: los esclavos que estrenaban libertad.





Francisco Ibarra y Mauricio Gómez Morin,
diseño de la colección; Mauricio Gómez Morin
ilustración de portada; Mauricio Gómez Morin, Tania Juárez y Carlos Vélez,
ilustraciones de interiores; Gerardo Cabello y
Javier Ledesma, cuidado editorial.

D. R. © 2009, Instituto Nacional de Estudios
Históricos de las Revoluciones de México
Francisco I. Madero, 1; 01000 San Ángel, México, D. F.

Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



SEGOB



MÉXICO
2010

